


Rosalía Jiménez Burgos

QUIÉN DESVELARÁ TU PASADO OCULTO



 Círculo Rojo

www.circulo-rojo.org

Primera edición: mayo 2021

Depósito legal: AL 749-2021

ISBN: 978-84-1398-510-7

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rosalía Jiménez Burgos

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Depositphotos.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

*Dedicado a:
Domingo y Rosalía. Gracias por enseñarme desde
pequeña a no rendirme y a luchar por mis sueños.*

*En el suelo me tumbé
y la hierba oí crecer.*

PARTE I

CAPÍTULO 1:

LUCÍA ROBLES

Me llamo Lucía Robles, soy filóloga y trabajo en un Departamento de Investigación y Crítica Literaria en mi ciudad natal, Granada.

Tengo 29 años y me encanta decir mi edad, a diferencia de muchas personas que no quieren decirla o que se la inventan. A mí sí me gusta porque pienso que es un año más que he vivido. Cuando me salgan arrugas, las miraré en el espejo y me reiré con ellas. Serán un signo de la felicidad vivida.

Soy una persona independiente, extrovertida, aunque a veces un poco reservada, sensible, pero con carácter y algo cabezota para luchar por mis sueños. Practico deporte casi a diario y me apasiona mi trabajo. De las labores de casa lo que más odio es hacer la cama. Lunes, martes, miércoles... Todos los días, ¡qué horror! Aunque reconozco que cuando está hecha, o con las sábanas recién puestas y ese olor a suavizante y a ropa limpia, es una gozada y duermo mejor. Cuando limpio y ordeno mi casa me divierte poner la música a todo volumen, la fregona es mi fiel pareja de baile y el plumero mi micrófono. ¡Si alguien me viera

pensaría que estoy loca! Me relaja cantar en la ducha, pero mis vecinos tienen que alucinar. ¡Sí, canto fatal! Me gusta salir con mi grupo de amigos, sobre todo para tomar unas tapas al mediodía, pero también para ir al cine, dar un paseo, salir de compras, hacer alguna ruta de senderismo, tomar café y copa en plan tranquilo... Ya pasó nuestra etapa de «desmadres», aunque si se presenta... ¡Me apunto la primera! No lo puedo remediar. Pero también me gusta reservar tiempo para mí. Me encanta tumbarme en mi sofá y disfrutar de una tarde de cine junto a mi mascota. Sí, tengo un perro pequeño que es adorable. Lo quiero más que a mi propia vida y sé que mi pequeño lo sabe. Se llama Roli.

Mi labor en el Departamento donde trabajo es realizar una profunda crítica literaria e investigar sobre relatos escritos antiguos; recuperar historias que en algún momento alguien escribió y se quedaron en el olvido; historias con nombres y apellidos de escritores ya fallecidos, que por alguna razón no fueron editadas en su momento; otras que han aparecido y son anónimas; algunas incluso sin final pero muy interesantes; y otras, que tras recuperarlas e investigar su autoría, se han editado hoy en día.

De hecho, en este último año descubrí un relato impresionantemente bueno y bien escrito que, por su temática, fue censurado en aquella época de dolor y sufrimiento que vivió España. Fui indagando y recopilando datos de la persona que lo escribió y, tras varios meses de investigación, averigüé su domicilio. Decidí ir a visitarlo.

Puse el GPS y me llevó a un pueblo de Córdoba llamado Pozoblanco, capital económica y administrativa de la comarca de Los Pedroches, y segunda comarca de Andalucía en extensión. El camino fue precioso porque la carretera estaba rodeada de árboles y se podían ver centenares de águilas sobrevolando los campos. Conforme me iba acercando al pueblo, pude observar que había muchos terrenos cercados con cerdos y vacas. Me llamó la atención que en lo alto de una torre, y en el tejado de algunas iglesias, había varios nidos de cigüeñas. Los había visto en algún

documental pero nunca en directo y tan cerca. Es impresionante el mundo animal, cómo se adapta a un determinado hábitat. Recordé en ese momento que, hace poco, leí que las cigüeñas del Sur de España se han hecho sedentarias, y ya casi no migran porque el ser humano les proporciona el alimento suficiente que les permite quedarse.

La voz de la chica que hablaba por el GPS me iba indicando el domicilio exacto: gire a la derecha..., continúe recto 100 metros..., en la rotonda salga por la primera salida..., así hasta que llegué a mi destino.

La casa estaba en una avenida con setos a ambos lados, una fuente en medio y un parque infantil, donde había unos niños jugando a la pelota, otros tirándose por el tobogán, otros columpiándose, y algún padre persiguiendo a su hijo que corría en dirección a la carretera para que no lo atropellara un coche.

Encontré aparcamiento muy rápido en una calle paralela a la avenida. Me bajé del coche y pude percibir un olorcillo a abono un tanto desagradable. Pensé que por eso había tantos terrenos con cerdos y vacas por la zona.

Me dirigí al portal y pulsé el botón del interfono. Al otro lado una voz de mujer dijo:

—¿Quién es?

—Hola, pregunto por el señor don Julián Romero López— contesté.

—Sí, suba— y se abrió la puerta.

El bloque no tenía ascensor, así que subí por las escaleras. Total, sólo tendría que subir dos plantas.

En el umbral de la puerta me recibió una mujer de mediana edad.

—Hola— me saludó.

—Hola, me llamo Lucía Robles. ¿Está en casa don Julián?

—Es mi padre. ¿Qué desea?— me preguntó.

—Me gustaría hablar con él de un libro que ha escrito.

Me presenté dándole la mano y le expliqué brevemente en qué consistía mi trabajo.

—Pues es que mi padre hace ya un tiempo que no vive aquí. Está ya muy mayor y ahora vive en una residencia a las afueras del pueblo. Si quiere déjeme su teléfono y yo le digo que se ponga en contacto con usted.

Le conté el motivo por el que quería conocer personalmente a su padre y le mostré el libro que había escrito. La mujer puso cara de sorpresa y me dijo muy afectuosa:

—Si quiere la acompaño yo dentro de un rato o le doy la dirección de la residencia y se acerca usted a verlo. Estoy segura de que le encantará su visita.

—Gracias, pero vengo de lejos y me gustaría visitarlo cuanto antes mejor. Así que, si es usted tan amable, deme la dirección y me acerco ahora mismo a conocerlo— le respondí.

—Sí, claro, anote la dirección. En cuanto termine de hacer unas cosas de trabajo, iré para allá.

—Muchas gracias, luego nos vemos entonces— apunté la dirección en el móvil y me despedí de la mujer.

— ¡Hasta dentro de un rato!— cerró la puerta y me fui.

CAPÍTULO 2:

DON JULIÁN ROMERO LÓPEZ

Regresé al coche y tecleé en el GPS la dirección que me había dado la hija de don Julián. La residencia se situaba, efectivamente, a las afueras del pueblo en una zona boscosa donde se respiraba aire puro. ¡Qué paisaje tan agradable!

La entrada a la residencia tenía un arco enorme cubierto de jazmines azules y blancos y un caminito de piedras grisáceas, alumbrado por varias farolas, que daba acceso a un patio donde estaba la recepción. Me sorprendió ver varias mariposas revoloteando por el jardín. Me encantan las mariposas y, como hacía tanto tiempo que no veía ninguna, me detuve un ratito para observarlas y echarles un par de fotos con el móvil. Me gustó una de ellas por su color azulado. ¡Qué bien huelen los jazmines de la entrada!

Entré y pregunté en el mostrador por el señor don Julián Romero. El hombre de la recepción se interesó por mí y me preguntó si era algún miembro de su familia. Le dije que no, pero que su hija me había facilitado la dirección y quería darle una

sorpresa. Inmediatamente se levantó de la silla, me dijo que me esperara un momento y se fue en busca de don Julián.

A los diez minutos apareció a lo lejos del pasillo el recepcionista con un hombre muy mayor. Iba apoyándose en un bastón, cuya parte de arriba tenía algo tallado en madera y, al acercarse, vi que era la figura de un pato.

—Hola, don Julián— me presenté.

—Hola, muchacha, ¿la conozco? Es que estoy ya muy mayor y la memoria me va fallando— me dijo muy afectuoso.

—No, usted no me conoce, pero vengo a hablarle de un libro que usted escribió hace tiempo. Estuve en su casa y su hija me dijo que ahora vive aquí, y aquí estoy.

—Sígame y nos sentamos en aquel banquito de piedra. Las piernas me flaquean y no puedo estar mucho rato de pie. Ya no tengo las piernas de deportista como cuando era joven— me sonrió y me indicó con el dedo un banco que había debajo de unos soportales.

—Bueno, don Julián, le dejo con esta chica para que hablen de sus cosas. Si necesitan algo avísenme— se despidió el recepcionista.

Nos fuimos andando despacito hacia el banco que él mismo señaló.

CAPÍTULO 3:

¡ADIÓS AL ANONIMATO!

Don Julián era un anciano encantador y muy afectuoso, profesor de Literatura, que me recibió amablemente y se mostró muy agradecido tras proponerle si estaría dispuesto a publicar su novela. Fue una tarde de esas en las que a una le encanta escuchar a un anciano contar sus batallitas, en este caso, un pasado un tanto trágico por la época de sufrimiento en la que le tocó vivir, los años de la Guerra Civil Española. Me contó cómo un día entraron a su casa unos hombres uniformados y se llevaron casi todos los libros que poseía, y me imaginé cómo sus lágrimas se deslizaban por sus mejillas tras encontrarse solo en su biblioteca con los estantes prácticamente vacíos. También me contó el motivo por el que nunca se llegó a publicar su novela, cómo fue destruida y por qué nunca pudo volver a recuperarla. Una noche se incendió el local de la editorial con todo lo que había dentro, incluido su relato, y nunca supo más de aquella historia que escribió.

Me preguntó cómo después de tantos años había llegado a mis manos.

Cuando se la entregué y vio que estaba escrita con aquella tinta azul oscuro, que desprendía su pluma cuando él expresaba sus ideas ante un papel, casi se desvanece de éxtasis. Nunca en mi vida había presenciado ese gesto de emoción que mostró aquella tarde aquel anciano profesor. Le dejé aquellos papeles amarillentos, desgastados tras el paso del tiempo, en donde el anciano había escrito una historia preciosa y con mucho sentimiento. Le dije que volvería en un par de días para ver si quería editarla y así fue.

Tuvieron que pasar varios años para que por fin se viera reflejada su valiosa escritura. Conmocionado, don Julián, ahora ya anciano, había visto su novela publicada y me dijo que cuando él muriera, algo de él seguiría vivo: aquella novela prohibida que pensó que se quedaría borrada en su pasado.

¡TRABAJO CONSEGUIDO!

Sí. Me gusta mi trabajo, sobre todo cuando localizo al autor de una obra olvidada en el pasado como me ocurrió con don Julián.

Pero cuando mi investigación se resuelve en escritores ya fallecidos, me da mucho coraje, porque considero que una obra con tanto valor literario debería haber sido premiada a su autor. Por este motivo, mi equipo de redacción corrige algunos relatos que consideramos excelentes y los publicamos en memoria del fallecido, y siempre escribimos la frase: «D.E.P.»

Es curioso cómo cada escritor deja alguna huella personal en sus relatos, algún sentimiento, alguna fecha, algún lugar, algún acontecimiento..., alguna prueba con la que poder localizarlo.

Hace un par de días llegó a mis manos un relato que al principio no me pareció nada interesante, pero conforme lo iba leyendo, más me intrigaba su historia. Comienza así:

PARTE II

CAPÍTULO 4:

EL RELATO MISTERIOSO

Todo empezó aquel sábado 22 de mayo cuando cumplía mi decimoquinto cumpleaños y recibí un sobre lacrado donde ponía mi nombre con tinta verde: Mayra. Alguien me lo había dejado en el buzón de casa de mis padres, pero ¿quién? Aún seguía el sobre caliente, así que esa persona lo acababa de dejar ahí dentro. Miré con incertidumbre a mi alrededor, pero en ese momento sólo vi a mi vecino Luife, que estaba sacando a pasear a su perro y llevaba los cascos de música puestos. Seguro que estaba escuchando esa música rara que a él tanto le gusta. Me acerqué y le pregunté:

—Oye, Luife, ¿has visto a alguien merodear cerca de mi casa hace un rato?

—¡Qué va! Acabo de salir de casa a pasear a «Homer» y ahora iba a comprar el periód-

dico y unas revistas que me ha encargado mi madre.

-Bueno, entonces no te entretengo.

-Mayra, ¿te pasa algo? Estás blanca y te noto algo nerviosa.

-No, no. No te preocupes. Estoy bien. Te dejo que tengo prisa.

Mi vecino Luife es de mi grupo de amigos. Es muy observador. Nos conocemos desde muy pequeños, por eso se dio cuenta de que algo me pasaba. Suele llevar camisetas de grupos de música raros que casi nadie conoce, y asiste de vez en cuando a conciertos que organizan grupos poco conocidos. Es un chico muy peculiar, tres años mayor que yo, pero me encanta hablar con él porque trata temas muy interesantes, y no los típicos de adolescentes de mi edad. Un día te habla de algunos animales en peligro de extinción como, por ejemplo, el lince ibérico, algunos monos y gorilas, las mantarrayas, tigres de bengala o las tortugas marinas. Otro día te explica el funcionamiento del reciclaje, la cultura de las tres «R», o de cómo se recicla el agua y la importancia que tiene. Él piensa que en un futuro habrá conflictos para ver quién es dueño de los suministros del agua. También me encanta cuando habla del tema de la pesca o de la importancia de la fauna y la flora para el ser humano. Es un amante del mundo medioambiental. Creo que por eso lo queremos tanto, porque si fuera